



Editor-propietario: GREGORIO ESTRADA.

Dirección y Administración: Doctor Fourquet, 7, Madrid.

Directora: JOAQUINA BALMASEDA.

Año XXXIV | Exclusivo para anuncios en FRANCIA, J. Y. Ferrer, rue Rennes, 71.

Madrid 2 Diciembre 1884

En Madrid, en la Administración, Doctor Fourquet, 7.

Número 45

PRECIOS DE SUSCRICION.	1. ^a Edición.		2. ^a Edición.		3. ^a Edición.		4. ^a Edición.		Explicación de lo que se reparte á cada edición. . .	1. ^a EDICION. — De lujo. — 48 números, 48 figurines, 12 patrones cortados, 24 pliegos de patrones de tamaño natural, 24 de dibujos y 2 figurines iluminados de peinados de señora.	2. ^a EDICION. — Económica. — 48 números, 12 figurines, 12 patrones cortados, 16 pliegos de dibujos, 16 pliegos de patrones de tamaño natural y 2 figurines iluminados de peinados de señora.	3. ^a EDICION. — Para Colegios. — 48 números, 12 patrones cortados, 24 pliegos de dibujos para bordados y 12 de patrones de tamaño natural.	4. ^a EDICION. — Para Modistas. — 48 números, 24 figurines, 12 patrones cortados, 24 pliegos de patrones de tamaño natural, 24 de dibujos y 2 figurines iluminados de peinados de señora.
	Madrid	Provs.	Madrid	Provs.	Madrid	Provs.	Madrid	Provs.					
Un año. Ptas	30,00	36,00	18,00	24,00	12,00	13,00	26,00	29,00					
Seis meses. »	15,50	18,50	9,50	11,50	6,50	7,00	13,50	15,50					
Tres meses. »	8,00	9,50	5,00	6,00	3,50	4,00	7,00	8,00					
Un mes. »	3,00		2,00		1,25		2,50						

REVISTA DE MODAS.

En los últimos días del otoño, los árboles del Parque de Madrid tienen el reflejo dorado de que las hojas se visten para morir, y toma todo cuanto alcanza la mirada ese tinte melancólico, que armoniza con el alma de la mujer. Por eso el Retiro ha estado espléndido todo el mes de Noviembre, y en él y en los teatros, algunos salones y no escaso número de bodas celebradas, se han lucido atavíos encantadores, que responden á todos los géneros y á todos los gustos. La moda actual préstase también á esta melancolía de la naturaleza, y para los trajes de calle y de paseo, aprovecha todos los verdes oscuros y muertos, todos los marrón y todos los de reflejos amarillos.

Tengo á la vista modelos seductores en dos tonos y en dos telas de un tono mismo; y aunque algunos vestidos afectan gran sencillez, la tienen sólo á los ojos de padres y maridos, es decir, á los ojos profanos, porque yo, aunque por todas partes busco en la moda actual la sencillez, la modestia tan decantada por mí y tan del gusto de mis lectoras, debo confesar que no la encuentro. Invéntanse las trenzillas como adorno. No puede inventarse nada más humilde; pero en cambio las hacen tejidas con oro, plata, acero, y si además adornan terciopelo ó paño, resulta un vestido suntuoso. Los brochados, que son la nota dominante de la estación en abrigos y trajes, les prestan también apariencias de un lujo extraordinario; y por eso repito que los trajes que afectan sencillez, es únicamente para engañar á los incautos.

Como vestidos de combinación, he podido ver uno para jovencita, en cachemir color de nuez y terciopelo azul oscuro; la falda, color de nuez, se abría al costado sobre otra plegada con quilla de terciopelo azul, y las dos orillas de la falda superior, una se adornaba de terciopelo y la otra de trenzillas marino y plata; la chaqueta, de terciopelo, y aldeta corta plegada por detrás, llevaba los delanteros abiertos sobre chaleco del mismo terciopelo con escote cuadrado y ocupado por camiseta de surah azul, y ribeteaban trenzillas el chaleco en peto, cuello alto y manga. Este vestido encantador le he admirado en una de las



1 y 2. TRAJES DE SEÑORA Y NIÑA.

1. Vestido liso y brochado. (Patron en este número.) 2. Vestido de cachemir y terciopelo. (Patron en este número.)

bodas efectuadas el mes anterior, y direis:—¡Traje de lana en una boda!—Si tal; hoy los trajes de lanas combinadas con terciopelo y con brochados se llevan á los actos de mayor etiqueta. Como traje de calle, acaba de traer un modelo la casa de Aguado en la calle del Carmen, que merece describirse: es de paño azul oscuro, abierta la falda por delante sobre delantal de seda á rayas azul y oro, puestas atravesadas, y los dos paños primeros recogidos en paniers de punta, que toca al borde del delantal, y se esconden debajo de la parte de atrás, plegada á cañones. El cuerpo, abierto sobre tela rayada igual, se adornaba con dos hileras de botones, prolongándose en doble aldeta. Chaqueta con postillon, preciosamente drapeado en conchas, que dejaban ver un forro de raya azul y oro.

El vestido de salón, para comidas y conciertos, se hará de cola, pero cola muy distinta de las ya vistas hasta hoy: es un gran lazo, lazo monumental, con dos lazadas de todo el ancho de la tela, que caen graciosamente hacia abajo para modelar el pouf, y debajo sale la cola en un sólo paño cuadrado, suelto y forrado de raso del color de los adornos. Esta cola, estrecha y lisa, es en extremo graciosa, y debajo de ella, la falda, redonda, necesita su adorno completo, porque la cola se mueve con demasiada facilidad. No hay para qué decir que puede ponerse y quitarse, según lo exijan las circunstancias. Para sociedad se emplean mucho el terciopelo con encajes y los brochados con raso brillante, enriquecidos con pasamanerías y bordados en cristal de colores: este adorno de cristal, empleado con economía, es de gran efecto en los salones, pero recomiendo mucho la economía, porque el exceso de cristal conduce á la chocarrería. He recibido un modelo para traje de baile, cubierta la falda de raso mirto por tres encajes blancos, ligeramente sostenidos por biebes muy dobles de raso, que remataban en lazos á la izquierda; gran manto, liso y majestuoso, de terciopelo mirto,

forrado de raso, y cuerpo de petos, hecho en terciopelo, abierto sobre fichú de encaje, que sale de debajo del delantero derecho á plegarse sobre el izquierdo con un lazo.—¡Qué magnificencias! me direis. Sin duda olvida nuestra cronista que no todas sus lectoras son duquesas....—¡Qué quereis! El deber de la cronista es hablar de todo, y de lo más bello y rico más; pero luego aparte, como en secreto, puede decir á las más modestas de sus lectoras: ¡No es la riqueza lo que constituye la elegancia! Una tela modesta, una hechura irreprochable, y un carácter sin ambición ni envidia, hermanan la elegancia con la tranquilidad y la hermosura.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 2. TRAJES DE SEÑORA Y NIÑA.

1. *Vestido liso y brochado.*—(Patron en este mismo número).—Es de siciliana lisa y siciliana brochada de terciopelo; falda brochada con ancho biés de terciopelo, al que forma cabeza una trencilla metálica, y cuerpo de siciliana abierto sobre plaston brochado con solapas de terciopelo liso y trencilla, guardando la misma forma: túnica de siciliana lisa formando delantal muy recogido de un lado y pouf; manga terminada por doble vuelta. Cuello de terciopelo.

2. *Vestido para niña.*—(Patron en este mismo número).—El vestido, de forma inglesa, es de cachemir verde, y se completa el largo con dos volantes, uno de terciopelo y otro de cachemir; adornado éste de trencillas de lana y oro y madroños de lana. Cuello de terciopelo con adorno igual, plaston del mismo, y terciopelos en las costuras de la espalda con grandes lazadas formando pouf. Sombrero de terciopelo verde con escarpela de cinta otomana y plumas.

3 Y 4. BORDADO PARA PIÉ DE LÁMPARA.

Es de estilo Enrique II, y se necesitan para esta labor 27 cents. cuadrados de paño, trazando encima el dibujo, bordándole con seda de Argel; las hojas y cálices son de dos verdes musgo, las flores de las esquinas rosa y oro, y las flores de los centros oro también, perfiladas de un cordoncillo negro; despues de bordado se le pone un forro de seda, y se guarnece de madroños del color del fondo.

5. BORDADO EN MALLA.

Es género de trabajo hasta conocido, está ejecutado todo á festones, y utilizados los cuadros para flores ó cubiertas de edredon.

6. BORDADO EN CAÑAMAZO JAVA.

Está bordado con algodón ó con lanas, y se destina á mosaicos para tapetes, almohadones ó colchas.

7. DELANTAL PARA NIÑO.

Es de nanzouk, en tiras bordadas, los delanteros adornados de tiras y plieguecitos, y el borde inferior, escote y mangas, de las mismas tiras festonadas en guarnición.

8. CAMISA DE SURAH.

Es de azul pálido ó crema con drapeado de encaje al escote, y mangas, enriquecidas éstas con lazos de cinta otomana.

9. PLASTON DE PELUCHE.

Sobre un plaston de esta tela se coloca un bullon fruncido de raso maravilloso con broche artístico al escote, y lazadas de cinta de igual color en el bajo.

10 Y 11. CAMAILS.

El primero es de piel de nütria forrado de raso entretelado, ce-



3. Bordado para pié de lámpara. (Véase el núm. 4).



4. Bordado para el tapete núm. 3.

Es de forma princesa, hecho en poplin de lana marron, abierto sobre una falda de lo mismo, con volantes plegados en delantal, y biés á la cabeza de cada uno, adornando los delanteros patas de trencilla sujetas con botones, y cinturón de cinta otomana con hebilla de nácar; el adorno de trencillas se repite en la manga y bolsillo.

18. VESTIDO PARA JOVENCITA.

Está hecho en terciopelo y cheviot gris oscuro; la falda, de terciopelo, está terminada por trencillas, y la chaqueta, abierta, repite el mismo adorno alrededor, cuello y mangas. Plaston en camisa Molière, de cheviot, que baja á unirse en la túnica igual, muy recogida en abultado pouf.

19. VESTIDO BROCHADO.

Falda figurada por un volante de raso, sobre la cual forman quillas volantes de encaje, y delantal plegado en otomano, formando el cuerpo y la túnica por detrás la tela brochada; plaston plegado en el cuerpo, y encaje en la manga.

20. REDINGOT DE PAÑO.

Es de color nütria con terciopelo igual; los delanteros, entallados, cierran con una pata invisible, y un medio cinturón de terciopelo adorna el abrigo por delante; la espalda, ceñida, termina en falda plegada con tablas que forman cabeza.

21. PALETOT VISITA.

Está hecho en paño otomano, los delanteros rectos cerrados hasta el talle y adornados de terciopelo brochado en tablero de damas; las mangas, de forma visita, marcan pico á los lados, y la espalda forma pliegues desde el talle, con pasamanería y patas de terciopelo sobre cada tabla. Sombrero redondo de terciopelo con echarpe y plumas.

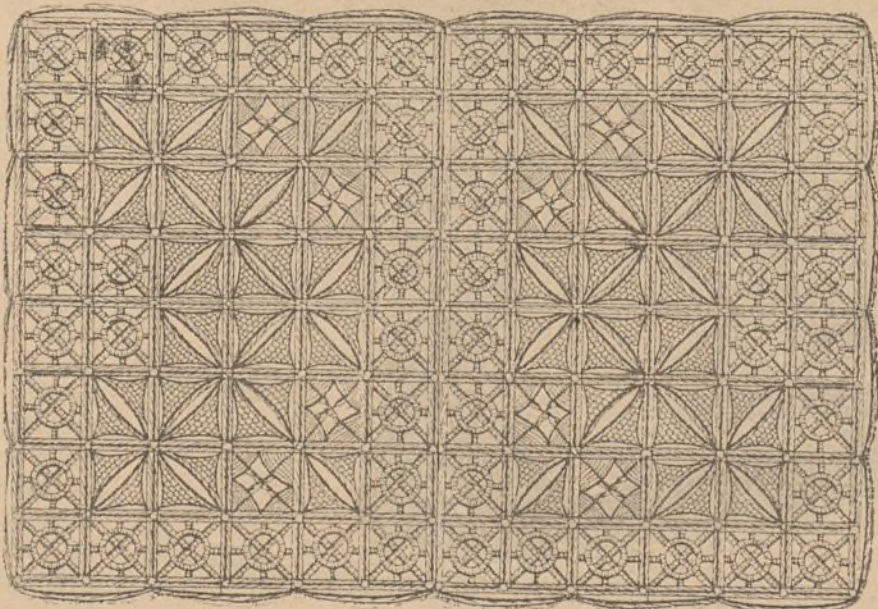
22. VISITA DE PAÑO OTOMANO.

Los delanteros, rectos, van guarnecidos de piel que se repite en el cuello y mangas, uniéndose por detrás sobre las tablas que dan vuelo á la falda. Sombrero de fieltro con echarpe otomano y grupo de plumas.

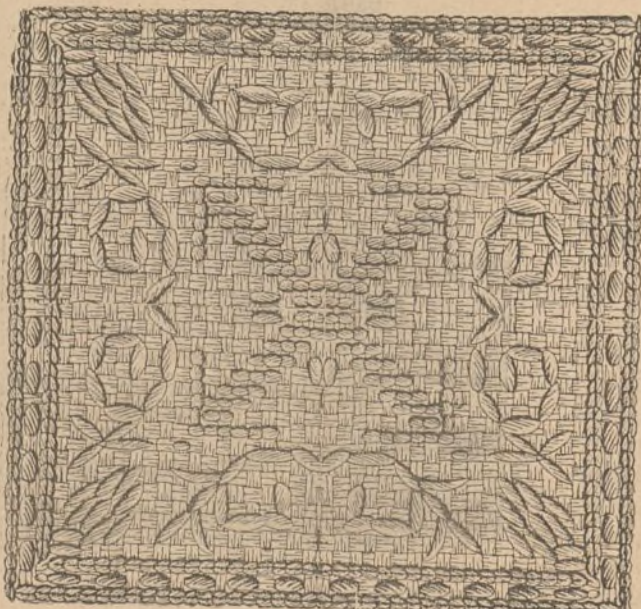
J. BALMASEDA.

CORTE Y CONFECCION.

En el número correspondiente al 18 del pasado decíamos que en todos cuantos trabajos se ejecuten, así en las artes como en



5. Bordado en malla.



9. Bordado en cañamazo Java.

ico; el segun-
raso cortado
legadito del

risé; el vesti-
antal forma-
cordon, lle-
de en larga
sobre chale-
so al escote.
de azahar y

tro, de copa
o, y adorna-
de capricho.
ltro, con ala
on al canto;
leres de me-

es de fieltro
la cual des-

a levantada
camaleon y
arpe, y bri-
al lado, y
rupo de plu-

sobre una
a cabeza de
botones, y
con hebilla
encillas se
o.

NCITA.

y cheviot
opelo, está
la chaque-
adorno al-
Plaston en
que baja
muy reco-

o.

rolante de
quillas vo-
l plegado
uerpo y la
brochada;
y encaje

o.

terciopelo
ados, cie-
un medio
el abrigo
da, termi-
ablas que

o, los de-
ta el talle
chado en
s, y la es-
elo sobre

E PAÑO
O.

ros, rec-
necidos
se repite
mangas,
de atrás
olas que
la falda.
eltro con
nanao y
uas.

MASEDA.

CCION.

ero co-
al 18 del
os que
tos tra-
ten, así
como en



254-43

Imp. Robert & Laberde, Paris

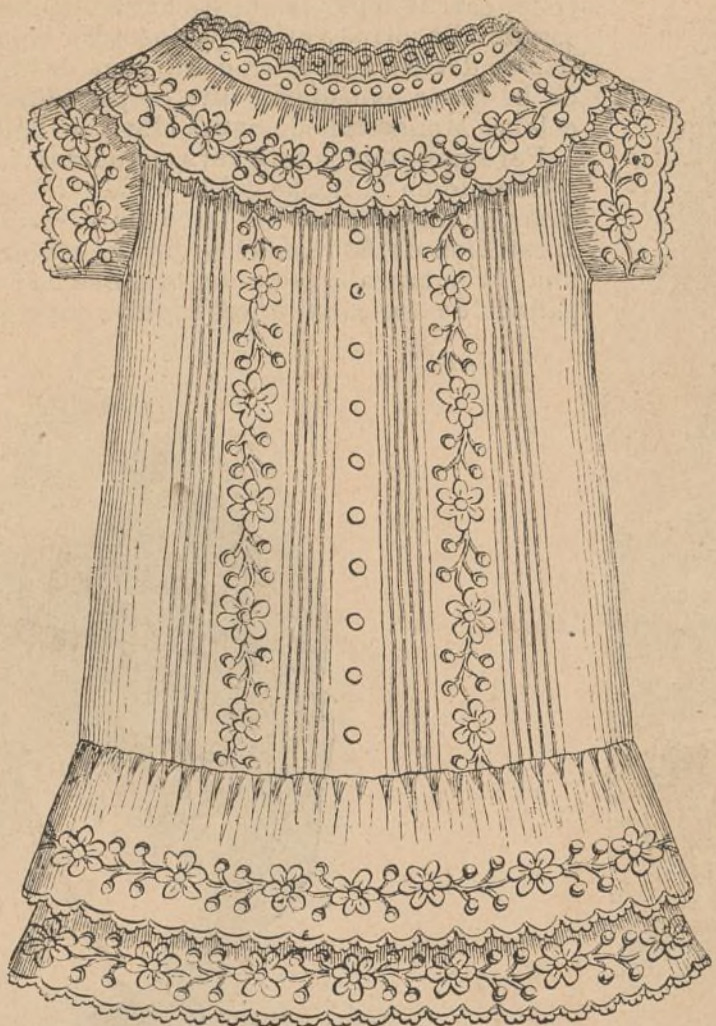
Reproduction interdite

EL CORREO DE LA MODA
Periodico ilustrado para las Señoras
Galle Doctor Fourquet 7 Madrid

1625

las
dir
form
Y
nam
ado
atri
cuar
cion
nes
caje
posi
fald
R
aña
toda
en e
tron
prec
ras
min
lect
tar
peac
te,
tant
da p
gur
N
opin
no s
en
la c
la n
eiso

que
nar
to s
com
mot
el c
E
cho
mue
los
ta l
en l
la d
de s
E
ma
mas
gan
fona
mos
cion
de l



7. Delantal para niño.

las industrias, allí donde existe la perfección, debe presidir también la simetría, porque sin ella se destruye la forma, poniéndose de relieve el mal gusto del artifice.

Y si esta condición se considera indispensable en la ornamentación del edificio moderno, no lo es menos en el adorno del traje, porque debiendo igualarse en todos sus atributos, la confección se presentará tanto más hermosa cuanto sea la exactitud de su uniformidad. Tales aseveraciones se manifiestan en mayor grado por las combinaciones hechas en dibujos opuestos; por la colocación de encajes, volantes y pasamanerías, y en especialidad por la posición de los bieses y galones de las faldas.

Respecto del corte, nada debemos añadir á lo anteriormente expuesto, toda vez que se determina su poderío en el momento en que se trazan los patrones metódicamente por sistemas de precisión. En tal concepto, las dos figuras que ostentan nuestro grabado iluminado, se significan bajo las más selectas bases de simetría, siendo de notar la dificultad de sostenerse los drapeados en iguales porciones por delante, interin que los costados reducen tanta cantidad de tela como la indicada por la sobrefalda de la primera figura.

No obstante, dada la diversidad de opiniones sobre la manera de trabajar, no sería difícil un cambio de término en el aspecto del recogido, y hasta en la conclusión del tejido, producido por la mala dirección del armado. Es preciso convenir de una vez para siempre,



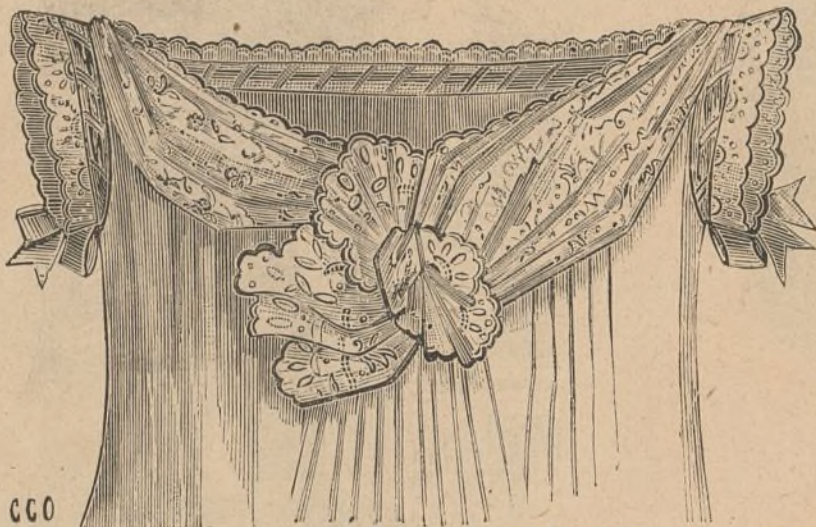
705 10. Camail de piel.

que los trabajos de hoy, ni son rutinarios, ni carecen de filosofía, en cuanto á la instrucción se refiere, y que el compás, la regla y la medida, son los motores que regularizan á las obras y el cosido.

El plegado de la falda que viste dicho figurin es un trabajo que requiere mucha igualdad, efecto de la cual, en los pliegues y tablas alternadas, se nota la delicadeza de la modista, no sólo en la medida de sus distancias, sino en la disposición de los galones y adorno de sus contornos.

En la figura segunda existe la misma severidad, si bien en distintas formas, más descuidadas, pero más elegantes, origen de la armonía entre el fondo y el dibujo, que es lo que venimos aprobando desde que las combinaciones representan el principal papel de las modas de invierno. Mas como to-

das las cosas tienen dificultades que vencer, y el arte de vestir ha deslindado por completo los principales obstáculos que se oponían á su desarrollo, la hechura se simplifica hasta en los detalles aminorando el trabajo, y precipitán-



8. Camisa de surah.

dole de una manera asombrosa. Es que el corte de las prendas se ejecuta con esmero, que se afinan los patrones, y que se construye con conocimientos científicos, quizá superiores á los trabajos que la sastrería realiza.

Una *vesta* que, cual la de este figurin, sólo se sujeta en la parte superior del escote, y que á pesar del volumen que el pechero con sus plissés produce, entalla primorosamente sobre la cintura, y descansa natural por cima de un *polisson* exagerado, no puede menos de reunir condiciones especiales de *corte* y *confección*, de haber influido la geometría con su poderosa influencia, y de haber sido trazada con exactitud matemática. Ella se sostiene con naturalidad; las acentuaciones se marcan en sus sitios respectivos, y las mangas se unen á las sisas sin embebidos ni forzados que producir puedan incomodidad en los movimientos del brazo. Las faldas, á pesar de su estrechez, despiden los plegados sin menoscabo de la hechura; no forman redondeos imperfectos, tan frecuentes en las antiguas modistas, prestando un estilo encantador y una originalidad desconocida en el período de nuestras modas contemporáneas.

CESAREO HERNANDO.



9. Plaston de peluche.

EN LA FRONTERA DE ARAGON

(Apuntes de un viaje.)

CAPÍTULO VIII Y ÚLTIMO.

Entre Alcalá y Torrejón.—La campaña de Madrid.—Coincidencias.—Conclusion.

En estas meditaciones íbamos cuando el tren paraba en la estación de Alcalá de Henares. Habíamos dejado atrás las de Azuqueca y Meco, sin darnos cuenta de ello, y partimos nuevamente sin bajarnos al andén.

Los compañeros de coche dormían á pierna suelta, quizás pensando alguno de ellos en las aventuras de la infortunada Laura; quizás, maldiciendo el nombre del inmoral Gonzalo.

Las sombras de la noche se extendían de tal manera por todo el trayecto



704 11. Camail de terciopelo.

que recorría el tren, que ni las estrellas podían prestar el más leve resplandor. El tren marchaba majestuoso, arrastrado por la locomotora, que coronaba una alta montaña de humo. Cuando llegamos á Torrejón, ni una persona vimos en el andén. Lo mismo en todo el resto de la expedición.

Cruzamos el puente que da paso á la misera corriente del Jarama, recordando al punto aquellos sabrosos versos, que comienzan así:

No en las vegas de Jarama
Pacieron la verde grama
Nunca animales tan fieros.
Junto al puente que se llama
Por sus peces, de Viveros.

Nuestra curiosidad era por saber cuándo llegábamos á Madrid. Ya cuando se vé á San Fernando, y



12. Traje nupcial.

Ayuntamiento de Madrid



13. Sombrero Tirolés.

mayormente al parar el tren en Vicálvaro, Madrid se toca con la mano.

La campiña ésta, desde que se sale de Alcalá de Henares, es árida, escueta, desnuda de todo accidente agradable á la vista del viajero. No hay aspecto más detestable que el que ofrecen las cercanías de Madrid. Cuando se cruza por ellas,



15. Capota Duquesa.

tió el carruaje por la cuesta arriba de Atocha seguido de otros varios, y nosotros regresábamos detrás á nuestra casa, para descansar de la grata expedición que emprendimos al célebre Monasterio de Santa María de Huerta. Pero apuntemos esta rara coincidencia. Cuando en la noche del 11 de Mayo bajábamos por delante del Botánico, en dirección á la estación de Atocha, recordará el lector que una joven cruzaba por entre la arboleda acompañada de dos caballeros, y todos, conversan-



16. Sombrero Cristina.

do alegremente, tomaron en la ventanilla un reservado, que ocuparon ostentosamente en el coche que precedía al en que nos había de llevar á Santa María de Huerta. Apenas si había transcurrido un mes de este suceso cuando regresábamos á Madrid, y se daba la coinciden-

cia que aquella joven guapa, hermosa y bella, también regresaba en el mismo tren que nos traía. Pero ¡ay! que era ahora conducida en una caja mortuoria, sola y abandonada ya de los



17. Vestido para jovencita.

parece que se atraviesa una comarca desierta de Africa. Sin árboles, ni prados, ni huertos, ni vestigio alguno de población huertana, no puede uno darse cuenta de que el tren avanza por momentos á la puerta de Atocha. Pero la realidad desvanece toda duda. Al partir de Vallecas, Madrid aparece á los ojos del viajero extendido sobre una dilatada colina que se divide en múltiples y accidentados panoramas.

Al atravesar el puente de Vallecas se ven las luces de los faroles de Madrid, y si la noche está serena y el aire favorece, se oye ese run-run del ruido que reina en los grandes pueblos, llevado por el aire á largas distancias. Pero si en otros tiempos fué

Madrid, castillo famoso
Que al rey moro alivia el miedo,
Arde en fiestas en su coso
Por ser el natal dichoso
De Alimenon de Toledo.

En los presentes, ni es castillo famoso, ni tiene rey moro, ni arde en fiestas al natalicio de ningún Alimenon toledano. Todo lo contrario; es un pueblo abierto, sin otras funciones que las del carnaval, ni otro rey que un cristiano coronado.

La realidad de todo esto la tocamos al parar el tren en la estación de Atocha y encontramos dentro de Madrid, que yacía tranquilo y reposado como en cualquiera otro día del año.

Al bajarnos del wagon se acercaron al coche fúnebre unos criados con librea negra, repartieron hachones encendidos entre los que rodeaban el coche, y sacaron de él la caja mortuoria para colocarla en el coche de la sacramental de San Justo. Par-



18. Vestido para jovencita.

sido una de las jóvenes más queridas y respetadas de Madrid, al haber tenido otra educación y otra moral, murió escarnecida de las gentes honradas!

La mala educación es causa de estos desastres en la vida. Pero donde más se ve esta verdad, es en la mujer. La que no ajusta su vida á la moral más perfecta y sabe resistir á las tentaciones que le rodean en todos los instantes, cae en el abismo y termina como Laura, espiondo sus debilidades en la desesperación y el dolor. ¡Grande enseñanza pueden sacar de esta verdad los que lean para aprender!

**

Vamos á terminar.

Nuestro viaje al Monasterio de Santa María de Huerta tiene una finalidad que aprovecha á todos.

Es una expedición de recreo para el que prefiera los libros de pura imaginación.

Es un viaje científico para el arqueólogo y el artista que quiera aprender las grandezas que guardaba la España de otros tiempos, allá en la frontera de Aragón.

Es una excursión histórica y literaria para el poeta y el investigador, que les enseña algo de lo que guardan las crónicas que hoy no existen.

Y para el hombre de bien pensar, para la madre de familia, para la joven señorita que trate de buscar en la lectura de buenos libros, enseñanza sana y moral honrada que le alimente su espíritu, lecciones que no debe olvidar todo el que trate de ajustar su vida á la práctica del bien y á la moral más perfecta.



19. Vestido brochado.



14. Sombrero Pierrete.

Bajo todas estas fases diversas, puede abrirse y leerse este libro que escribimos atendiendo al ruego de un amigo, para nosotros siempre tan querido, como lo es aquel á quien dedicamos estas páginas.

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.



Ayuntamiento de Madrid

20. Redingot de paño.

PLEGARIA

¡Jesús, oh Jesús mío,
Escucha la plegaria
De un combatido espíritu
Por penas y desgracias,
Y sólo en sus recuerdos
Tristeza mortal halla!
¡Que es un desierto árido
La soledad del alma!
Y hoy sola yo me encuentro,
Que no lo esté mañana,
Y el ángel del consuelo
Bata sus blancas alas,
Viníendo amante y dulce
A darme una esperanza,
Y aparte de mis labios
La copa acibarada.
Ya, Señor, la he bebido
Amarga, muy amarga,
Y sus últimas gotas
No puedo, no, apurarlas.
¡Jesús, oh Jesús mío,
Escucha mi plegaria,
De hinojos te lo pido
Con llanto de mi alma!

EUGENIA N. ESTOPA.

Gibraltar, 1884.

Á ISAURA G. C.

(EN SU ÁLBUM.)

Lanzas, Isaúra, tus ojos,
Llenos de vida y de fuego,
Al porvenir, que coloran
La magia de tus acentos,
El encanto de tus gracias,
La candidez de tu seno,
El amor que te sonríe,
La ilusión que es tu alimento;
Y mis pupilas, cansadas
Por los estragos del tiempo,
Que oculta entre su ropaje
Llanto, miserias y duelo,
Se estrellan en las ruinas
Que cerca de mí contemplo,
Y que amenazan hundirme
En el polvo del silencio.

R. HUERTA POSADA.

LA MUERTE DE UNA ROSA

Á LA SEÑORITA DOÑA M. S. Y M.

MADRIGAL.

En un prado cubierto de esmeraldas
Cogí una bella rosa;
A ti te la entregué, pues iba en ella
Envuelta mi alma toda.

Tú, como prueba de simpatía cariño,
Pusístele en el seno;
Se marchitó al momento, que no viven
Las rosas junto al fuego.

Al mirarla espirar salió un suspiro
De mi amoroso pecho;
No temas, me dijistes, que no daña
El fuego donde hay fuego.

Esa infeliz flor perdió su vida
Al contacto ligero
Del inmenso volcan que tú alimentas
Con amoroso anhelo.

Mas si tú del volcan eres la lava
Que le das el sustento,
¿Cómo has de perecer aunque te acerques
A su sagrado seno?

E. OSUNA Y GUERRERO.

EL FAVORITO DE CARLOS III

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE

DOÑA ANGELA GRASSI

(Continuación).

Mientras filosofaba profundamente sobre este punto, entró Santiago restregándose las manos con aire satisfecho, y se sentó sonriendo al lado de su mujer.

—Son las diez, dijo, y dentro de dos horas tendremos el gusto de abrazarle. Ya se organiza una caligata de jóvenes para salir á su encuentro; ya se están colocando enramadas en las calles, y hasta el buen cura me ha prometido que hará tocar las campanas así que empiecen á divisarle. ¿Te acuerdas cuán guapo era? ¿Qué bien estará ahora con su lujoso uniforme, con las distinguidas maneras que habrá adquirido en la corte!

—Y hará un singular contraste contigo, que no has querido desterrar tus plebeyas costumbres, dijo Gervasia, que nunca perdía la ocasión de echarle en cara su llaneza.

—¿Acaso no soy hijo del pueblo? ¿acaso no me he

criado como tú en medio de esos honrados aldeanos, que ahora te empeñan en desdenar?

—Mira, yo he oído decir al señor cura, que las orugas dejan sus antiguas formas al trocarse en mariposas.

Santiago no pudo ménos de sonreírse al oír tan aguda comparación, y respondió con tono jovial:

—Pero no deben nunca olvidarse que han sido orugas.

En verdad que al ver tan franca sonrisa, nadie hubiera podido ménos de sentirse atraído hacia él por esa dulce simpatía que nos inspira un alma buena y generosa.

La fisonomía de Santiago parecía ser el tipo de la franca lealtad y la honradez intachable.

—Sea como se quiera, repuso Gervasia con tono magistral, satisfecha por el efecto que había producido su feliz ocurrencia anterior, se deben desterrar esos hábitos groseros cuando se tienen muchas riquezas é hijos tan distinguidos como los nuestros.

Es preciso agradecer á la fortuna sus dones, y mostrarse dignos de haberlos merecido.

Santiago se turbó algún tanto al oír esta última reflexión, pero procuró dominar su emoción; sin embargo, la sonrisa abandonó sus labios y permaneció algunos instantes pensativo.

—Julia, vé á mudarte de traje, dijo Gervasia, incomodada por aquel silencio; apresúrate, hija mía, pues es preciso que te presentes de un modo conveniente.

La joven permaneció inmóvil, sin apartar los ojos de la campiña.

—¿Pero qué tienes hoy? repuso la buena mujer, que á pesar de todos sus defectos, poseía la cualidad de ser muy amante de sus hijos. ¿Acaso porque te he reñido por los girones de tu vestido?

—¿Por qué me reñís á mí, mientras dejais que otros triunfen con vuestro dinero?

Ambos esposos se miraron estupefactos; porque á buen seguro que la prodigalidad con los demás no era el defecto que con más justicia podía echarse en cara á Gervasia.

—¡Expícatelo! exclamó ésta, cuyo avaro instinto acababa de despertar la brusca acriminación de su hija.

—¿No es nuestra la casita que hay á orillas del río?

—¡Sin duda!

—¿Cuántos meses hace que la teneis arrendada á esos forasteros?

—Cerca de un año.

—¿Y qué os han dado por el arrendamiento?

—Nada todavía; porque Cecilia, que fué quien hizo el trato, siempre difiere su pago con promesas.

—Que nunca se realizarán, porque yo sé positivamente que viven á expensas de la caridad ajena, ó por mejor decir, á expensas nuestras, porque Cecilia, á quien, con una mal fundada confianza, habeis árbitra de todo, lo derrocha para socorrerles.

Santiago, al oír esta acusación, se dejó arrebatarse por la cólera.

—¡Julia! gritó, ¡te he advertido varias veces que no quiero que tus labios pronuncien el nombre de Cecilia acompañado de un insulto!

—Sí; ya sé que la quereis más que á vuestros hijos, respondió Julia con acritud.

Santiago pareció experimentar una conmoción muy profunda; pero lejos de acrecentarse su enojo por esta ingrata queja, se calmó repentinamente, alzó los ojos al cielo, y pareció ofrecerle su amargo sufrimiento.

—¡Julia! gritó Gervasia, ¡Julia, mira que ofendes á tu buen padre!

—Es que no me quiere, supuesto que permite que me insulten á mí y la defiende á ella!

—¿Insultarte á tí? ¿cómo? ¿quién? ¿por qué? exclamó Gervasia, poniéndose encendida.

—No tenemos tiempo para explicaciones. Básteos saber que esa gentecilla se ha atrevido á burlarse de mí, cuando pasaba, y que no me vestiré ni saldré de mi cuarto si no me vengais de este ultraje!

Gervasia miró consternada á su marido, porque sabía muy bien que Julia era sumamente tenaz, y que siempre cumplía con creces sus promesas. Además, no le parecía del todo mal aquel pretexto de humillar á Cecilia, y embolsarse el arrendamiento de la casita. Así, pues, exclamó:

—¡Oh! supuesto que se han reído de mi hija, no deben esperar compasión alguna. Mañana, Santiago, es preciso que vayais á decirles que busquen otra casa.

—¿Y por qué no ahora mismo? gritó la implacable Julia.

—¡Olvidas que esperamos á Alfredo!

—¡No debe llegar hasta dentro de dos horas, y mi resentimiento no sufre dilaciones!

—En efecto, Santiago. Nuestra hija no pide ninguna cosa injusta. La han ofendido y debemos vengarla.

—No, dijo Santiago, tomando por fin la palabra, he prometido á Cecilia que los respetaría....

—Lo veis, madre, exclamó Julia llorando, ¡veis como no era injusta al decirnos que la prefería!

—En verdad, repuso Gervasia, que no comprendo el dominio que esa muchacha ejerce sobre tí.

Tengo fundados motivos, además de los que ha expuesto Julia, para no estar contenta de su economía, y no puedo, por tu causa, dirigirla el más

mínimo reproche. Además, ¿qué le importa á ella esa gente? ¿Por qué se toma tanto interés por unos forasteros á quien nadie conoce en el pueblo?

—Por desgracia, repuso Santiago con amargura, esa muchacha posee las cualidades del alma que faltan á nuestra hija. Julia, insensible y egoísta, no puede comprender la ardiente caridad que hace obrar á Cecilia en favor de esos desdichados.

Un día llegaron al pueblo, exhaustos de hambre y de fatiga.

Habían emprendido un largo viaje; pero aquí tuvo que detenerse la anciana, rendida bajo el peso de sus achaques.

Bien lo sabeis: era un domingo. Las jóvenes bailaban en la plaza y se entregaban con ardor á este placer, tan grato para la juventud. De repente se arrojó en medio del círculo un hombre pálido y demacrado, y tendiendo su gorra, pidió limosna para su madre, que había caído desfallecida al pie de un árbol.

Aquellos jóvenes sin alma no se conmovieron al oír aquella voz desgarradora. Los unos le arrojaron una miserable moneda de cobre, los otros, los más, se rieron y le llamaron loco.

Julia, me avergüenzo de decirlo, fué de estos últimos. En cuanto á Cecilia, abandonó silenciosamente el baile, vino á buscarme, y se echó á mis pies. Aquella noche los infelices tenían una casa donde guarecerse, un lecho en donde reposar de sus fatigas y alimento con que reparar sus fuerzas.... ¡Ah! ¡mucho sufrí aquel día!.... ¡Dios es justo!

La voz de Santiago era grave y solemne. Sus ojos tenían un desusado brillo, que hizo enmudecer á Gervasia.

Pero en Julia, su discurso no produjo el mismo efecto. Exasperada por aquellos reproches merecidos, exclamó fuera de sí:

—¡Bella caridad por cierto! ¡Vuestro cariño todo lo santifica.

¿Sabeis cuál era el móvil de esa acción tan generosa? el loco amor que Cecilia profesa al forastero.

Santiago pareció herido del rayo al oír esta brusca revelación, y vaciló en su asiento.

—¿Será posible? exclamó aterrado.

—¡Oh! tengo de ello fundadas pruebas. Todo Ariza lo sabe, todo Ariza lo critica, y nos murmura por nuestra tolerancia.

—¿Pero qué te importan sus amoríos, dijo Gervasia admirada por la turbación de su marido, ¡por Dios que no comprendo un interés tan extremado!

Santiago se levantó con las mejillas inflamadas.

—Basta, dijo, me habeis convencido. Vé á vestirme, Julia, con la seguridad de que esa gente no dormirá en el pueblo.

Dijo, y se alejó, dirigiéndose apresuradamente á la casita aislada.

—¡Ama á otro! decía pasándose la mano por la frente, inundada de sudor; ama á otro, cuando Alfredo llega.... ¡cuando iba á realizarse mi esperanza!.... ¡Ah! ¡Dios no me ha perdonado, no....! ¡no me ha perdonado, cuando no me deja llevar á cabo mi ideal!.... Pero yo destruiré el obstáculo.... ¡echaré á esa gente del pueblo, los obligaré á seguir su camino, y una brusca separación lo concluirá todo!....

Embebido en estas ideas, salvó rápidamente la distancia que mediaba desde el castillo á la casita, pero á medida que se acercaba á ella, nuevas nubes oscurecían su frente, y parecían abandonarle la resolución y el valor.

Después de muchas dudas y vacilaciones, hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y traspuso el umbral de la casita. Penetró con afectado denuedo en la habitación de la madre de Enrique; pero al verla sentada en una silla con su aspecto noble é imponente, sintió que le faltaba de nuevo el valor.

Santiago no la conocía, un secreto presentimiento le había apartado siempre de aquella casa, temeroso tal vez de hallar en ella á Cecilia, cuya presencia anhelaba evitar.

Permaneció, pues, mudo en el umbral de la puerta, y cuando la anciana elevó hacia él sus ojos, en los que brillaba una altivez suprema, cuando haciéndole un ligero saludo con la majestad de una reina, le indicó una silla inmediata á la suya; Santiago se encorvó involuntariamente, y empezó á dar vueltas á su gorro de terciopelo, sin atreverse á pronunciar ni un solo acento.

—¿Qué se ofrece, caballero? dijo la anciana.

—Venía á haceros presente, balbuceó Santiago, que soy el dueño de esta casa, y cómo ha trascurrido tanto tiempo....

La anciana ahogó un suspiro, y respondió con una dulzura que no carecía de dignidad.

—¡Prontos estamos á pagar! pero somos pobres. El producto del campo, anejo á la casa, y que mi hijo cultiva, no nos proporciona bastantes beneficios para cubrir nuestros gastos; pero Enrique redoblará su trabajo, y espero que más adelante podremos corresponder mejor á vuestra generosidad. Dadnos algún tiempo, y procuraremos obrar como cumple á nuestro honor.

Santiago, enteramente desconcertado, pero que había formado una irrevocable resolución, respondió atropelladamente:

—Hace muchos meses que espero: el tiempo de las consideraciones ha pasado, y me veo en la dura precisión de echaros de mi casa.

—¡Echarnos! exclamó la anciana levantándose con dolorosa amargura.

Santiago y era demasiado

—Es preciso carácter, ¡es preciso!

Aún no lo Enrique, que

acercó á su labra.

Muy terrible

ma de Santiago

general reñido

—¡Enrique!

—Nada te

acento grave

cié por vos á

nerme también

—Santiago

Santiago Sa

quien ultraja

Y Enrique

ño del castill

El joven

sonrisa, y lu

—¡Ahora, y

pisar jamás e

al león dorm

pedazarte!

Santiago s

tintivamente

hosclos, los

semblante, s

y volviendo

seguido por

Y huyó al

na direcció

una peña, do

rostro escon

miembros te

devoradora.

Aumentab

Habiase erig

inmediato á

entre guirna

las cuales se

Todas las

más bellos at

raban con g

Saldivias. Es

fal, y cada u

sus compañe

del hermoso

Tambien l

menaje, se h

á esperar l

cualquiera b

mino real l

aclamaciones

Es que ad

bres de todos

al que posee

man vil los

Alfredo era g

sus sentimie

Un corazon

dos en aque

pobre Cecilia

preparativos

Así, cuand

vuelo anunci

llo; cuand

ros y las mu

casi desfalle

compañeras

desórden de

Bello era

bello ahora

decidido en

mirada, y su

bozo qu'elle

tida.

Vestia el u

nia montado

seguian algu

El respeto

bios, y los a

ron á desvan

de sus antig

Cecilia, al

mente el án

abrigando ya

llete y se cul

tar sus lágr

Alfredo, al

del caballo,

zura á las jó

á levantar lo

—¡Adios, m

acordado de

les! ¡Cuánto

bellecido, m

me conoces?

neceis mudas

compañero d

que veo en v

Santiago vaciló algun tanto; pero su resolución era demasiado firme para cejar en aquel instante.

—Es preciso, dijo con una dureza ajena á su carácter, ¡es preciso y ahora mismo!

Aún no hubo formulado esta amenaza, cuando Enrique, que acababa de entrar en la estancia, se acercó á su oído, y pronunció en voz baja una palabra.

Muy terribles recuerdos debió despertar en el alma de Santiago, porque se puso lívido, un temblor general recorrió sus miembros, y se dejó caer anodado en la silla.

—¡Enrique! gritó la anciana juntando sus manos suplicantes.

—Nada temais, madre mia, dijo el jóven con acento grave y mesurado, hace un instante renuncié por vos á la más bella venganza, y sabré contenerme tambien ahora.

—Santiago Saldivia, añadió con voz de trueno. Santiago Saldivia, ¡de rodillas ante esa mujer á quien ultrajas, y pídelas perdon por tu insolencia!

Y Enrique apoyó su mano en el hombro del dueño del castillo, el cual se deslizó maquinalmente de la silla al suelo, y cruzó los brazos sobre el pecho.

El jóven le contempló un instante con irónica sonrisa, y luego exclamó fuera de sí:

—¡Ahora, véte, miserable, véte, y no vuelvas á pisar jamás estos umbrales! ¡No intentes despertar al león dormido, que puede arrojarse sobre tí y despedazarte!

Santiago se levantó instintivamente, como instintivamente se había arrodillado, y con los ojos hoscos, los cabellos erizados, y descompuesto el semblante, se precipitó fuera de la casa, corriendo y volviendo atrás la cabeza como un hombre perseguido por una sangrienta fiera.

Y huyó al través de los campos, sin llevar ninguna direccion fija, yendo por fin á dejarse caer sobre una peña, donde permaneció mucho tiempo con el rostro escondido entre las manos, mientras sus miembros temblaban como si los agitase una fiebre devoradora.

CAPÍTULO II.

Aumentaba entre tanto en el pueblo la algazara. Habíase erigido precipitadamente un arco triunfal inmediato á la puerta del castillo, casi escondido entre guirnalda de flores y aromáticas yerbas, de las cuales sembraron tambien la avenida.

Todas las jóvenes se habian engalanado con sus más bellos atavíos, y precedidas por Cecilia, esperaban con grandes ramilletes al heredero de los Saldivias. Estaban agrupadas debajo del arco triunfal, y cada una procuraba erguir la cabeza más que sus compañeras para merecer la primera mirada del hermoso Alfredo.

Tambien los jóvenes, queriendo rendirle su homenaje, se habian vestido de fiesta y habian salido á esperar hasta la entrada del pueblo, en donde cualquiera bulto que asomaba á lo lejos por el camino real los hacia prorumpir en prolongadas aclamaciones.

Es que además del servil tributo que los hombres de todos los países y de todas las épocas rinden al que posee más cantidad del metal á que llaman vil los que no pueden contemplar su brillo, Alfredo era generalmente amado por la nobleza de sus sentimientos y la franqueza de su carácter.

Un corazón palpitaba más violentamente que todos en aquel solemne instante, y éste era el de la pobre Cecilia, abrumada bajo el doble peso de los preparativos y de sus propios sobresaltos.

Así, cuando las campanas de la iglesia tocaron á vuelo anunciando la llegada del heredero del castillo; cuando los jóvenes tiraron al aire sus sombreros y las muchachas agitaron sus ramilletes, Cecilia, casi desfallecida, tuvo que esconderse detrás de sus compañeras para ocultar á todas las miradas el desorden de su alma.

Bello era ántes Alfredo, pero estaba aún más bello ahora que la edad habia impreso un carácter decidido en sus facciones, dando más fijeza á su mirada, y sustituyendo una espesa barba al ligero bozo que le apuntaba apenas al tiempo de su partida.

Vestía el uniforme de capitán de granaderos; venia montado en un soberbio caballo blanco, y le seguian algunos soldados.

El respeto heló las aclamaciones de todos los labios, y los afectuosos saludos de Alfredo no bastaron á desvanecer el sobrecogimiento y la timidez de sus antiguos compañeros.

Cecilia, al verle tan cerca de sí, perdió completamente el ánimo, y avergonzada de sí misma, no abrigando ya esperanza alguna, dejó caer su ramillete y se cubrió el rostro con las manos para ocultar sus lágrimas y su vergüenza.

Alfredo, al llegar al arco triunfal, se detuvo, bajó del caballo, que entregó á un criado, y dijo con dulzura á las jóvenes, que ruborizadas, no se atrevían á levantar los ojos del suelo:

—¡Adios, mis buenas amigas! ¡Cuánto me he acordado de vosotras y de nuestros juegos infantiles! ¡Cuánto has crecido, Rosa! ¡Cuánto te has embellecido, mi amable Lorenza! Y tú, Balbina, ¿ya no me conoces? Vamos, amigas mías, ¿por qué permanecéis mudas y cabizbajas? ¿Habeis cogido para el compañero de vuestra infancia esas lozanas flores que veo en vuestras manos?

—Para vos únicamente, señor, dijo una niña más atrevida que las demás.

Entre tanto las inquietas miradas de Alfredo, que vagaban de una jóven en otra buscando al parecer un determinado objeto, se fijaron en Cecilia, que permanecía con los ojos fijos en el suelo, y ostentando todavía en sus mejillas el surco de sus lágrimas.

Alfredo se abrió paso entre el grupo de aldeanas, y corrió á ella, tomándole cariñosamente de la mano.

Cecilia lanzó un grito de júbilo, y su rostro se cubrió de púrpura.

—Y tú, querida hermana mia, repuso Alfredo con tono dulcísimo, ¿no has cogido para mí ningún ramillete?

Cecilia le mostró sonriendo el que habia arrojado al suelo.

—Lo he creído indigno de vos, balbuceó Cecilia; no me he atrevido á ofrecéroslo.

Alfredo cogió el despreciado ramillete, arrancó una flor y la colocó sobre su pecho.

Cecilia no pudo ahogar un grito de suprema alegría, y sus compañeras de envidioso despecho.

En aquel instante apareció Gervasia en el dintel de la puerta con su hija, que competia con ella en ricos y extravagantes adornos. Ambas se lanzaron en los brazos de Alfredo, quien las estrechó contra su seno con toda la efusion de un hijo tierno y de un apasionado hermano.

—¿Y mi buen padre? preguntó, cuando la emocion le permitió reunir sus ideas, ¿y mi buen padre?

—Es verdad, ¿Y Santiago? ¿qué se ha hecho Santiago, tan ansioso de abrazarte? preguntó Gervasia á los circunstantes.

—¿Olvidais, dijo Julia con los ojos fijos en la casita que se divisaba á lo lejos, olvidais el encargo que le hemos dado?

—¡Sí, pero hace más de dos horas!

—Entremos; ya se habrá apresurado á volver cuando haya oído las campanas de la iglesia.

Gervasia, siguiendo el parecer de su hija, dió el brazo á Alfredo, y atravesando el patio, entraron en un salon bajo, en donde se habian colocado á lo largo, tres interminables mesas cubiertas de ricos manteles, y presididas por otra, que estaba colocada sobre un alto tablado y era la destinada para los dueños del Castillo y los convidados de más categoría.

Eran éstos todos los potentados que vivian en las poblaciones inmediatas; pero la premura del tiempo no les habia permitido aún llegar, y era preciso aguardarlos.

Gervasia llevó entre tanto á su hijo al salon principal, y despues del primer momento, consagrado á sus maternales caricias, le pidió que le contase, aunque sucintamente, cuanto le habia acontecido, despues que hubo abandonado el hogar paterno.

—¿Pero ante todo, dijo, mira estas alfombras, esos tapices, esos cuadros con que he adornado este hermoso salon, y dime si en la corte de los reyes has visto una magnificencia que se asemeje á esta?

Alfredo se sonrió al oír tan cándida pregunta.

Los muebles, hacinados unos encima de otros, los profusos adornos, de un gusto extravagante, y los cuadros de brocha gorda que atestaban las paredes, daban al salon, mas bien el aspecto del aposento de un prendero, que el de una dama de elevada clase.

—Sí, madre mia, dijo, sí. Allá en la corte, no solamente el palacio de nuestros reyes, sino tambien la más humilde habitacion del más humilde noble, está adornada con más lujo, y no me atrevo á decirlos que con más gusto que ésta.

Gervasia abrió desmesuradamente los ojos y arrugó el entrecejo.

Luego se sentó en un sillón, apoyó el codo en la mesa y el rostro en la mano, permaneciendo por algun tiempo con los ojos fijos y el ademan meditabundo.

—Es preciso, dijo por último, saliendo de su estupor, es preciso que cuando vuelvas á la corte, recorras todas esas brillantes habitaciones, y me mandes hacer unos muebles iguales á la que te parezca más magníficamente adornada.

Alfredo se sonrió de nuevo, pues vió que no habia sufrido ninguna alteracion la mania dominante de su madre.

—Pero ¿cuán bien te sienta el uniforme, mi querido hijo! ¡cuán hermoso me pareces! repuso Gervasia con exaltacion. ¡Estoy segura de que eres el más bello caballero de la corte!

—Tambien os equivocais en esto, madre mia, pues hay infinitos otros que me aventajan, dijo Alfredo.

Gervasia se sonrió con aire incrédulo, pues á su vanidad natural juntaba su vanidad de madre, y formaban ambas una pasion demasiado ciega para poder ser vencida.

—Cuenta, cuéntanos, exclamó, las azañas que te valieron tu grado, y la distincion de que á tu regreso á Madrid, el mismo rey te llamase, estando de guardia, y te prodigara mil elogios.

—Nada os puedo añadir á lo que os referia en mis cartas.

—Cartas que leia el buen cura, y á cuya lectura eran convidados todos los señores de las cercanías.

—Mi fortuna, dijo modestamente Alfredo, ha sobrepujado á mis merecimientos. Sin embargo, tal vez

no hubiera vuelto á abrazaros, si un ángel no hubiese salvado mi existencia.

Os he ocultado siempre este suceso por no asustaros, madre mia. Sin duda recordareis que al obtener el mando de una compañía, fui destinado á marchar á Portugal, á cuyo rey acababa el de España de declarar la guerra. Al sitiarse una fortaleza, aguijoneado por mi afán de gloria, pedí y obtuve el honor de dirigir una arriesgada empresa.

Al frente de un puñado de valientes, me mandaron ir á ganar un reducto, y lavar el pendon español en donde ondeaba la enseña de Portugal.

Avanzamos en silencio y compactamente unidos.

Pusimos cautelosamente las escalas; la noche nos protegía, y los centinelas enemigos estaban descuidados, dormitando sobre sus armas. Así al ménos lo creíamos. Yo me arrojé el primero á la escala, llevando en la mano la bandera de mi patria; pero al ir á hacer girones la contraria, sonó una horrible detonacion, y un diluvio de balas se desplomó sobre mi frente. Acribillado de heridas caí al foso; mis compañeros se vieron precisados á emprender la fuga. Creyéronme muerto, ó acaso no me divisaran en medio de las densas tinieblas.

Permanecí muchas horas sin sentido. Cuando recobré el uso de mis facultades, me acordé de vos, ¡madre mia! ¡Morir tan jóven!... ¡no volver á veros! ¡no recibir el último adios de las personas á quien amo!

(Se continuará.)

LA VIDA EN FAMILIA.

CONDICIONES PRECISAS Á UN AMA DE CASA (1).

Consecuentes con nuestro propósito de escribir sobre asuntos que sean de alguna utilidad para la mujer en su vida práctica ó intelectual, vamos á continuar nuestros consejos indicando las cualidades morales que deben adornar á un ama de casa, cargo que exige tesoros de inteligencia, de cariño, de abnegacion, y dar una idea del empleo de estas tres facultades en el seno de la familia, será el objeto de este artículo.

La *inteligencia* es la primera cualidad: por ella sabe colocarse en el terreno á donde al casarse la lleva su nuevo estado; porque hay muchas que al casarse mejoran de fortuna, mientras otras dejan comodidades de la casa de sus padres por una modesta medianía; unas y otras necesitan gran inteligencia para comprender su nueva posición, y la rica no debe envanecerse con su fortuna y si tratar á los inferiores con cariño, porque el cariño es la única moneda que compra voluntades, y nadie más necesitado de ellas que el rico, por lo mismo que su fortuna suele crearle enemigos. Debe por sí, rica ó pobre, examinar cuentas, hacer las cuentas de alguna importancia y estudiar el carácter de los individuos de su familia para ser el iris de concordia en toda querella doméstica. La influencia del ama de la casa debe reflejarse en todo; en el órden que en ella reine, en el bienestar de los criados, en la eleccion de los amigos, en la consideracion y cariño que á los suyos deba, porque todas las ridículas declamaciones de los *derechos de la mujer* son teorías hechas para los espíritus débiles ó las imaginaciones pobres: los *derechos de la mujer* los aseguran sus *propias cualidades*.

El *cariño* es la segunda cualidad, y acaso se admirarán mis buenas lectoras de que figure en segundo lugar, porque el cariño es capaz de todas las prevenciones, de todos los sacrificios, y lo que á veces descuida la inteligencia previene el cariño... Así es en muchas ocasiones, pero en otras ¿cuánto no ciega el cariño! El mismo San Agustín afirma «que cada uno es semejante á aquello que ama, y cual es el amor de cada uno, tal es él.» Bella y terrible apreciacion del cariño, por la cual se comprende que no estando escudado por la inteligencia, es capaz de todos los errores; el cariño al marido desordenado, hace á la mujer disculpar sus faltas y muchas veces secundarlas; el cariño ciego á los hijos hace á la madre no corregirlos á tiempo en sus extravíos... Cariño, mucho cariño está obligada á tener la esposa y la madre, pero cariño economizado con juicio y dirigido por la inteligencia.

¡La *abnegacion*! Qué bella palabra; cómo realza la corona de la mujer y embellece su mision sobre la tierra! Sin la abnegacion de la mujer no existiría la felicidad doméstica ni llegaría á veces el hombre á los grandes destinos á que le llama la sociedad. ¡Qué sentimiento tan rico en beneficios es la abnegacion! El frecuente trato con ella nos hace leves los sacrificios, llevaderas las contrariedades, y ofrece, en fin, tales ventajas, que por egoísmo propio debiéramos llamarla, encerrarla dentro de nuestro pecho y arrojar la llave de él adonde no fuera posible hallarla. La abnegacion es la fortaleza del espíritu, el olvido del bienestar propio para pensar en el ajeno, y por eso esta virtud es necesaria sobre todo al ama de la casa; por ella acalla su propia pena para convertirse en enfermera del padre ó del esposo; por ella presenta risueña faz al marido arruinado, y esconde sus lágrimas al preparar la maleta del hijo que parte á la guerra...

Bien se ve por estos breves apuntes lo que estas tres cualidades realzan á la mujer, esposa y madre, y no se crea por esto que sólo puedan aplicarse en estos dos estados, y que sólo en ellos la mujer vale

(1) Apuntes tomados del libro *La Mujer Sensata*.

y seiestima, error que ha dado lugar á uniones bien desdichadas: la mujer en cualquiera estado, en cualquiera edad, si emplea con acierto las tres cualidades que son objeto de estas líneas, encontrará grata la vida y afectos que la acompañen hasta la tumba.

LA BARONESA DE OLIVARES.

EXPLICACION DEL FIGURIN NÚM. 1 625.

FIG. 1.^a *Vestido para recibir.*—Es de cachemir Burdeos, bordado de lunares color de oro, la falda adornada de galones de seda color de oro y plegada á tablas dobles, repitiendo la túnica el mismo adorno. Cuerpo de pequeña aldeta, cerrado por delante con jareton, que adornan un galon y dos hileras de botones. Galon en el cuello y mangas.

FIG. 2.^a *Traje para paseo.*—Está hecho en cachemir y raso azul de mar; la falda, de raso, descansando sobre un plissé y adornada de pespuntos rojos; túnica de cachemir bordada de flores, plegada

del talle y recogida de los lados, descendiendo plegada por detrás. Chaqueta de cachemir con biés de raso todo alrededor y abierta sobre plaston del mismo, finamente plegado. Sombrero de raso brochado de terciopelo con lazadas del mismo, y pluma azul pálido.

Por fallecimiento de D. Carlos del Pozo, el *Boletín de agentes de negocios* ha pasado á ser propiedad del antiguo periodista y agente colegiado D. José de la Cuesta Crespo, que á la vez se encarga de la direccion del mismo.—Establece las oficinas, Preciados, 25, 2.^o

A todos los que sufren de epilepsia, calambres y enfermedades de los nervios, les recomendamos con insistencia el método tan universalmente conocido y casi milagroso del profesor Dr. Albert, Paris, 6. Place du Trône. Diríjanse todos los enfermos á él con «confianza» y muchos de ellos encontrarán la salud que desesperaban de nunca recobrar. Tratamiento por correspondencia, previa comunicacion de la historia detallada de la enfermedad.

El profesor Dr. Albert no acepta honorarios hasta comprobar resultados verdaderos.

Recibimos la nota siguiente: «Mil gracias, señor: la *Pasta Epilatoria Dusser*, ha destruido completamente el vello que tenía en el labio superior, el cual me desesperaba. Me hallo rejuvenecida de diez años.—L. de B.»

CORRESPONDENCIA.

ADMINISTRATIVA.

Celanova.—C. B. de M.—Recibido 11 ptas. 50 céntos para pago de los 6 meses de suscripcion que se la están sirviendo.

Quintan.—C. P. y S.—Recibido 11 ptas. para pago de la suscripcion, desde 1.^o de Abril.

Bilbao.—R. G.—Tomada nota de 3 meses de suscripcion, desde 1.^o de Noviembre.—Se remiten los números publicados y tomo en venta.

Calatayud.—D. S.—Tomada nota de 3 meses de suscripcion, desde 1.^o de Diciembre, para D.^a N. Z.

Castro.—G. R. de N.—Se remite el número extraviado.

Coruña.—A. M.—Tomada nota de 3 meses de suscripcion, desde 1.^o de Diciembre.

Abenojar.—L. E. de A.—Se remite el número extraviado.

La ETERNA BELLEZA de la PIEL obtenida para el empleo de la

PERFUMERIA ORIZA

de L. LEGRAND, Proveedor de la Corte de Rusia.

BEAUTÉ ET JEUNESSE
CRÈME-ORIZA
DE
NINON DE LENCLOS
LEGRAND, PARFUMEUR
Fournisseur de plusieurs Cours
207, RUE S^t HONORÉ, PARIS

Esta CREMA suaviza y blanquea la PIEL y le da la TRANSPARENCIA y la FRESCURA de la JUVENTUD. Hasta la edad la más adelantada PRESERVA IGUALMENTE el rostro del Bochorno, de las Manchas de Rojez y de las Arrugas.

DEPOSE DANS TOUTES LES PARFUMERIES DU MONDE

ORIZA-LACTÉ
LOCIÓN EMULSIVA
Blanquea y refresca la piel
Quita las manchas de rojez.

ORIZA-VELOUTÉ
JABON segun el D^o O. Reveil
Lo mas suave para la piel.

ESS.-ORIZA
Perfumes a todos los ramilletes de flores nuevos.
Adaptados por la moda.

ORIZA-VELOUTÉ
PÓVLO de FLOR de ARROZ
adherente á la piel.
Dando el Afelpado del molocoton.

No mas Tinturas progresivas para el pelo blanco.

ORIZINE
DE
JAMES SMITHSON
Un solo Frasco
Para devolver enseguida al Cabello y á la Barba el color natural en TODOS LOS Matices

207 rue S^t HONORÉ, PARIS

CON ESTE LIQUIDO no hay necesidad de LAVAR la CABEZA antes ni despues
APLICACION FACIL
Resultado inmediato
No mancha la piel, ni perjudica la salud.
En todas las Perfumerias y Peluqueras.

Y EN CASA DE TODOS LOS PERFUMISTAS Y PELUQUEROS

Deposito principal: 207, calle San-Honoré, Paris.

Exposition Universelle 1878 Médaille d'Or. Croix de Chevalier

LAS MAS GRANDES RECOMPENSAS

ACEITE DE QUINA

E. COUDRAY

PREPARADO ESPECIALMENTE PARA LA HERMOSURA DEL CABELLO

Recomendamos este producto, que las Celebridades medicas consideran, por su principio de Quina, como el **REGENERADOR** mas poderoso que se conozca.

ARTICULOS RECOMENDADOS:

PERFUMERIA A LA LACTEINA Recomendada por las Celebridades Medicas

GOTAS CONCENTRADAS para el pañuelo.

AGUA DIVINA llamada agua de salud.

SE VENDEN EN LA FÁBRICA: PARIS, 13^a rue d'Enghien, 13, PARIS

Depósito en Casa de los principales Perfumistas, Boticarios y Peluqueros de ambas Américas.

COMPañIA COLONIAL

Diez y ocho medallas de premio.
TRES PRIMEROS PREMIOS EN FILADELFIA
CHOCOLATES, CAFÉS, TES Y BOMBONES.
Depósito: Mayor, 18 y 20, Sucursal, Montera, 8.—Madrid

ENFERMEDADES SECRETAS

hallan curacion radical por mi método, basado en recientes descubrimientos científicos y en el éxito obtenido, en los casos más desesperados, sin resultar la menor turbacion en las funciones del organismo. Asimismo cura las enojosas consecuencias de los pecados de la juventud. neurosis é impotencias.

Discrecion garantizada.
Suplico el envío de una descripcion exacta de la enfermedad.

DR. BELLA.
PARIS.—6, Place de la Nation, 6
I. árduo de muchas sociedades científicas.

Premiados en 20 exposiciones. **CHOCOLATES** Premiados en 20 exposiciones

DE MATIAS LOPEZ

Oficinas en Madrid, Palma Alta, 8.—Gran fábrica en el Escorial

Cafés, Tés, Sopas, Pastillas napolitanas, Bombones finísimos de chocolate y dulces de los más ricos que se elaboran en Paris. Inmenso y variado surtido de cajas finas á propósito para regalos, bodas y bautizos.

IMPORTANTE EPILEPSIA

PASMOS, ECLAMPSIA Y NEUROSIS
SE CURAN RADICALMENTE CON MI MÉTODO

Los honorarios serán satisfechos despues de la cura completa

Tratamiento por correo

PROF. DR. ALBERT

Honrado por la Sociedad científica francesa con la Medalla de oro de primera clase, para mérito eminente.

PARIS.—6, Place du Trône, 6.

Las Sras Suscriptoras á la 1.^a, 2.^a y 4.^a Edicion, recibirán el FIGURIN ILUMINADO, 1625, y las de 1.^a, 3.^a y 4.^a, el pliego de dibujos.

Tip. de G. Estrada; Doctor Fourquet, 7.

PILDORAS de BLANCARD

APROBADAS POR LA
ACADEMIA DE MEDICINA
DE PARIS

Participan de todas
las Propiedades
del IODO
y del HIERRO.

40
Rue Bonaparte
PARIS

Estas Pildoras son de una eficacia maravillosa contra la *Anemia*, *Clorosis* y en todos los casos cuando es menester combatir el *Empobrecimiento de la Sangre*.

MANUAL DE CORTE Y CONFECCION

DE VESTIDOS DE SEÑORA Y ROPA BLANCA

FOR
D. CESÁREO HERNANDO DE PEREDA

OBRA DEDICADA Á LAS MAESTRAS DE ESCUELA
DIRECTORAS DE COLEGIOS
MODISTAS, COSTURERAS Y ALUMNAS DE LAS ESCUELAS NORMALES

Declarada de texto
por la Direccion de Instruccion publica en 18 de Abril de 1882, segun Real orden de 12 de Junio del mismo año, publicada en la *Gaceta* de dicho día

Segunda edicion

Corregida y aumentada con nociones de confeccion
planchado y modelos de última novedad, bajo el título de *Lecciones de Corte de Vestidos para la Mujer*, etc.

Se halla de venta en esta Administracion, calle del Doctor Fourquet, número 7, al precio de 6 rs. en rústica y 8 en tela

Administracion: Doctor Fourquet, 7, Madrid.